

Entre la crisis y el miedo, un pasaporte al futuro

El sector agrícola ha sido el único que, en muchos países, continuó operando ininterrumpidamente durante la pandemia. Pese a la caída global del comercio y a las dificultades impuestas por el virus, tuvo la capacidad para incrementar exportaciones y reafirmó su papel estratégico.

Celebramos el Día Internacional de la Agricultura en medio de una de las peores crisis de las que se tenga memoria. La pandemia ha creado y creará más pobreza, desigualdad y angustia social, pero no ha detenido la producción y el abastecimiento de alimentos.

Muchas de las naciones de América Latina y el Caribe han levantado en estos meses cosechas enteras que servirán para alimentar al mundo y hacer girar la rueda de una actividad imprescindible para la vida. Es claro que no es tiempo de complacencia y sí de insistir en que un sector que ofrece soluciones estructurales para los problemas más graves de la civilización humana debe estar en el tope de las prioridades de las agendas públicas.

Pobreza, inequidad, desempleo, inseguridad alimentaria y nutricional, desestructuración familiar, migraciones masivas y desafíos ambientales: todos estos temas pueden tener un denominador común para resolver o mitigar. Ese denominador común es la agricultura, parte inseparable de las soluciones a una realidad inquietante.

Transformadora por su propia naturaleza, la agricultura es, junto con la educación, la alternativa más eficiente para atacar la pobreza estructural en las zonas rurales y, conectada a procesos productivos o a planes de desarrollo territorial plasmados por una cooperación técnica moderna, puede ser vislumbrada también como una eficiente política social.

Es también una palanca esencial para el desarrollo por su interacción profunda con la ciencia y su uso intensivo de tecnología, y da peso específico a las naciones latinoamericanas en el tablero global. Se trata de un papel construido a partir de una dotación sin igual de recursos naturales, enriquecido por capacidades productivas y empresariales que debemos perfeccionar incorporando las dimensiones social, ambiental y tecnológica.

El momento, con su dramatismo, es propicio también para volver a mirar a los territorios rurales como zonas de oportunidades y de progreso social, lo que exige diseños institucionales adecuados, una nueva generación de políticas públicas para la agricultura familiar y la facilitación en el acceso a tecnologías digitales para que todos nuestros agricultores tengan rendimientos crecientes y mayores ingresos.

Con sus encadenamientos productivos, la agricultura es la actividad que más rápido puede garantizar mejores condiciones de vida e impulsar la ampliación de servicios de educación, de justicia, de telecomunicaciones e infraestructura para los habitantes de la ruralidad, de modo de revertir las problemáticas que generan el abandono de campos y las migraciones hacia los centros urbanos.

Esos objetivos son centrales en la nueva agenda de la cooperación técnica, tanto como la facilitación del acceso de los productores a las cadenas de comercialización y el impulso a la bioeconomía, la industrialización inteligente de nuestras sociedades a partir del uso de recursos biológicos, que tiene el potencial de convertir a los territorios rurales en una gran fábrica verde, de alimentos, bionergías, biomateriales y probióticos.

Celebremos y valoremos a la agricultura. Es una actividad que, en una concepción moderna, propicia como ninguna otra la creación de oportunidades. Es, por lo tanto, como desde hace miles de años, nuestro pasaporte más seguro hacia un futuro mejor.

Con motivo del Día Internacional de la Agricultura, celebrado el 9 de septiembre de 2020, este documento fue realizado por el IICA, y lo firman Manuel Otero, Director General del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) y los Embajadores de Buena Voluntad del IICA Susana Balbo, Dennis McClung, Jens Mesa Dishington, Rattan Lal, Alysson Paolinelli y Hugo Sigman.

Amidst the crisis and fear, a passport to the future

Agriculture is the only sector which, in many countries, continued operating without interruptions during the pandemic. Despite the global fall in trade and the difficulties caused by the virus, it managed to increase exports and reasserted its strategic role.

We celebrate World Agriculture Day amid one of the worst crisis in recent memory. The pandemic has created –and will create– more poverty, inequality and social distress, but has not stopped food production or supply.

Over the last few months, many Latin American countries have produced huge harvests that will feed the world and turn the wheel of an essential activity for life. This is not the time for complacency but rather for insisting that a sector that offers structural solutions to the most severe problems of human civilization must be at the top of the public agenda.

Poverty, inequality, unemployment, food and nutritional insecurity, family breakdown, mass migrations and environmental challenges. All these issues may have a common denominator to resolve or mitigate. This common denominator is agriculture, an inextricable part of the solutions to a disturbing reality.

Transformative by nature, agriculture is –together with education– the most efficient alternative for attacking structural poverty in rural areas. Together with production processes or territorial development plans shaped by modern technical cooperation, agriculture can also be seen as an efficient social policy.

Agriculture is also an essential lever for development due to its deep interaction with science and its intensive use of technology. It gives specific weight to Latin American nations on the global board. This is a role built on an unparalleled reservoir of natural resources, enriched by productive and entrepreneurial capacities that we must perfect by incorporating the social, environmental and technological dimensions.

This moment, with its drama, is also conducive to looking back at rural territories as areas of opportunity and social progress, which requires appropriate institutional designs, a new generation of public policies for family agriculture and the facilitation of access to digital technologies so that all our farmers can have higher yields and higher incomes.

With its productive chains, agriculture is the activity that can most quickly guarantee better living conditions and promote the expansion of education, justice, telecommunications and infrastructure services for rural inhabitants, to reverse the problems that generate the abandonment of the countryside and migration to urban centers.

These objectives are central to the new technical cooperation agenda, as is facilitating producers' access to marketing chains and promoting bioeconomy, the intelligent industrialization of our societies based on the use of biological resources, which has the potential to turn rural territories into one sizeable green factory for food, bioenergies, biomaterials and probiotics.

Let us celebrate and value agriculture. It is an activity that, in a modern conception, favors the creation of opportunities like no other. Therefore, it is our safest passport to a better future, as it has been for thousands of years.

On the occasion of the International Day of Agriculture, celebrated on September 9, 2020, Manuel Otero, Director General of the Inter-American Institute for Cooperation on Agriculture (IICA) and IICA Goodwill Ambassadors Susana Balbo, Dennis McClung, Jens Mesa Dishington, Rattan Lal, Alysson Paolinelli and Hugo Sigman.